

Científicos costarricenses:

CLORITO PICADO

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación

Las páginas científicas dedicadas a exaltar la memoria y la obra de hombres que, como Clorito Picado, han dado gloria a la patria, se inician con este trabajo presentado por Edgar Brenes R.

En el pueblo nicaraquíense de San Marcos de Jinotepe, Departamento de Carazo, nació Clodomiro Picado Twight, un cántido día del mes de abril de 1887.

Dos años después, los padres del niño, don Clodomiro Picado Lara y doña Carlota Twight Dengo, regresaron con él a Cartago, el añorado lugar donde ambos costarricenses habían vivido antes de casarse. Y fue ahí, en la antigua metrópoli, bajo el techo de su hogar, donde Clorito aprendió a leer y a dibujar sus primeras letras.

Uno de sus biógrafos nos lo describe como un chico enfermizo, de escaso desarrollo corporal y débil textura, que nunca jugaba con los otros muchachos de su edad, y que, por lo contrario, pasaba la mayor parte de su tiempo en casa, haciéndoles a sus padres numerosas preguntas, o bien contemplando, por horas largas, las ilustradas páginas de los libros de ciencia legados por su abuelo materno, el profesor Enrique Twight.

No obstante, parece que en la escuela adquirió Clorito cierto interés por las diversiones juveniles. Esto es lo que sugiere, indudablemente, un párrafo de las *Memorias* de uno de sus más cordiales amigos, don Mario Sancho: "No sabría decir exactamente cuándo, pero sí estoy seguro de que mientras iba a la Escuela de Párvulos que conocí a Clorito Picado, quien asistía a la del Padre Peralta, regentada por su papá. Clorito me propuso en esa primera entrevista que cambiara de escuela, pues en la suya los recreos eran más largos, y esto, unido al sitio donde estaba, casi en las afueras de la ciudad por el lado del Convento, ofrecía oportunidades de meterse en los huertos del Ojo de Agua a coger frutas".

Era todavía un aplicado alumno escolar, cuando Clorito se enfrentó por primera vez a la injusticia. Habiendo sido encarcelados su padre y uno de sus tíos, por motivos políticos, él se en-



Clorito y su gran amigo el biólogo ruso Sergio Ivanoff, París 1911.

cargaba de llevarles los alimentos, desde su casa hasta el lugar de reclusión; y el guardián de la puerta del cuartel le sometía a una humillación inexplicable, la de tener que quitarse los zapatos antes de entrar al recinto. Después, en su hogar, el chiquillo de ocho años, conversando con su madre desahogaba la justa cólera que le producía, tanto las arbitrariedades del centinela, como el hecho de que sus parientes estuviesen presos sin haber delinquido.

Vinieron, luego, los años de colegio. Primero el San Luis Gonzaga; posteriormente el Liceo de Costa Rica. Y se consolidó la vocación del joven Picado Twight por las ciencias biológicas. Cefido su interés, hasta ese momento, a la zoología y la botánica. Vocación mani-

fiesta no sólo en el estudio literario de ambas disciplinas, sino además en el trabajo extra-muros, en la ardua tarea de recolectar especímenes (plantas, insectos, aves, reptiles), recorriendo las riberas del río Reventazón, o escudriñando breñas, matorrales y bosques cercanos.

1906, bachiller de enseñanza media; 1907, profesor de ciencias naturales en el Colegio San Luis Gonzaga. Para estas fechas, Picado dibujaba y fotografiaba bien, y era tan hábil disparando un rifle, como nadando.

En 1908 obtuvo una beca del Gobierno de Costa Rica, para estudiar ciencias biológicas en París. Ciudad ésta a la que se trasladó finalizando el mes de octubre.

No refieren las biografías consultadas, si al escuchar las primeras conferencias en La Sorbona, tuvo Clorito dificultad para entender todo lo que en el idioma de Molière decían sus profesores. Probablemente así fue. Pese al talento que poseía para aprender cualquier cosa, y al hecho de haberse formado en colegios que entonces impartían lecciones de latín, de griego, de inglés y de francés, debe de haberle tomado algún tiempo el aprendizaje de las palabras desconocidas del léxico corriente y del científico, el de los nuevos modismos y las expresiones locales, y aún el acostumbrarse a una pronunciación distinta a la de sus mentores costarricenses en francés.

Grato recuerdo conservó de su primer año en la Universidad de París. En el opúsculo titulado "Titres et travaux scientifiques", el biólogo costarricense menciona, con singular gratitud, a su querido maestro, Maurice Caullery; el profesor de La Sorbona y miembro de la Academia de Ciencias de Francia, que complacido le admitió en su "Laboratorio de evolución de seres organizados", y que en todo momento le trató con benevolencia y le brindó generosa y constante ayuda.

Por supuesto, Picado Twight tuvo oportunidad de recoger también los conocimientos de otros ilustres educadores como el botánico Matruchot o el zoólogo Delage, antes de obtener su diploma de estudios superiores en zoología (1910).

EL TERREMOTO DEL 4 DE MAYO DE 1910

Un poderoso temblor de tierra destruyó la ciudad de Cartago, ocasionando numerosas víctimas, y generando también, en posteriores días, una crisis fiscal en Costa Rica, que afectó a los estudiantes becados en el extranjero. Por este motivo, hubo de regresar Clorito a su patria, sin haber concluido otros estudios ya iniciados. El tropiezo que interrumpía su carrera disminuyó la satisfacción de saber que, en ese mismo año, le iba a ser publicado, en el *Boletín Científico* editado en París, un trabajo suyo sobre mimetismo, basado en observaciones hechas en el poblado costarricense de Orosi.

Tiempo después logró el padre de Clorito que a éste se le restituyese su merecida beca. Lo cual colmó de alegría al estudiante muchacho, quien, sin embargo, quería partir a Francia como en el primer viaje, llevando en sus manos alguna prueba de su dedicación a la ciencia y del cariño que sentía por su tierra. De modo que solicitó a La Sorbona que le permitiesen permanecer en Costa Rica, el tiempo necesario para reunir el material de su futura tesis de graduación. Obtuvo el permiso, y pasó nueve meses colectando plantas y animales, haciendo observaciones, fotografiando, dibujando, tomando notas, en fin, investigando.

LA TESIS DE DOCTORADO.

Así nació la tesis con que Clodomiro Picado Twight obtuvo, en 1913, su doctorado, en La



En el laboratorio del hospital San Juan de Dios, con su ayudante y amigo don Luis Bolaños.

Pasa a la página siguiente



Viene de la página anterior

Sorbona. Esta tesis, titulada "Las Bromeliáceas Epífitas consideradas como medio biológico", fue condensada en un volumen, muy bien presentado, de alrededor de trescientas páginas. En él aparecen vistas de los extensos bosques en que proliferan las Bromeliáceas Epífitas, vegetales que crecen sobre los troncos y las ramas de los árboles, sin parasitarlos, tomando la humedad necesaria del aire. Hay en el libro fotografías de grandes bromelias (nuestro pueblo las llama chiras o piñas), y mapas destinados a explicar cómo contribuyen los vientos a la reproducción de dichas plantas. Y contiene también la obra una clasificación científica de la fauna (mosquitos, arañas, gusanos, caracoles, ranas, etcétera), que vive en el agua estancada y limpia almacenada entre las hojas de las Bromeliáceas.

Comentando este aspecto de la tesis, el microbiólogo don Manuel Picado Chacón, en su conocido libro sobre Clorito, dice lo siguiente:

"Así como en un medio líquido en el laboratorio, podemos obtener cultivos ricos de microbios, en el agua estancada dentro de esas plantas, la pequeña fauna puede hacer su reproducción y vida. Recordemos el hecho de que Wercklé en Costa Rica, en 1908, halló una rana bromelicola, y ello sugirió a Picado la búsqueda de otros animales, que allí encontró. La rana citada es de las que comúnmente la gente llama "arlequines", porque su cuerpo está cubierto en placas cuadrangulares de distintos colo-

res, recordando el vestido de un arlequín. Generalmente tienen, para poder mantenerse adheridas a las hojas, ventosas en los dedos".

"Si pensamos que en los lugares en donde hay pantano, y vegetación sobre el suelo siempre hay malaria, debemos pensar que en aquellos lugares donde tales pantanos no existen, de hecho, el paludismo, no debería de existir. Pero si con lo dicho anteriormente puede haber reproducción de mosquitos, entonces, si esos mosquitos son del género ANOPHELES, pueden estar infectados de malaria, y si en los parboles gigantes del bosque cubiertos de Bromeliáceas pueden vivir habrá entonces un pantano aéreo que hará las veces de pantano al nivel del suelo".

La tesis el doctor Picado Twilight ha sido, por lo tanto, un documento de utilidad para quienes trabajan en la prevención de la malaria. Y contribuyó al conocimiento de la fauna bromelicola, elevando el número de especies catalogadas de un centenar a 250, e incorporando en éstas 49 especies totalmente nuevas para los científicos. Todavía hoy es obra consultada, especialmente por los entomólogos.

Después de publicada su tesis, Clorito ingresó al Instituto de Medicina, Colonial de París, y al Instituto Pasteur. En este último fue acogido con gran fineza por el profesor Weinberg, quien para él fue, al igual que Maurice Caullery en La Sorbona, "un guía precioso y un generoso protector".

No quedaría completo el bosquejo de esta etapa de la vida del biólogo, sin hacer mención, muy breve, de otras actividades suyas en Francia. Su segundo viaje a esta nación lo hizo en compañía de su gran amigo de la infancia, Mario Sancho. Y con él, y otros costarricenses residentes en París, en distintas oportunidades disfrutó la amabilidad de charlar en un

café, frente a un vaso de buen vino; o la de recorrer un boulevard, paso a paso, contemplando a la gente, las arboledas, las estatuas, las casas.

Un día de tantos, el Museo del Louvre; otro, una exposición de pintura. Una noche en la Opera Cómica o en una función de ballet; días después, la conferencia en un centro literario. Así aprovechó sus días o sus horas de descanso.

En diciembre de 1913, transcurridas apenas dos semanas de haber recibido su diploma de doctor en ciencias de la Universidad de París, Clorito Picado se despidió de sus amigos, no sin pesar, para emprender el viaje de regreso a Costa Rica.

Ya en su patria, el biólogo se hizo cargo de la dirección del Laboratorio de Análisis Clínicos del Hospital San Juan de Dios, labor que desempeñó cumplida y progresivamente durante 30 años. Difícil, y fuera de nuestro propósito, sería explicar todas las experiencias, innovaciones técnicas y hallazgos científicos que, desde este Laboratorio y a impulsos de Clorito, se difundieron, no sólo a los confines de nuestro país, sino al resto del mundo. No obstante, —grosso modo, nos referiremos a lo más esencial de esta labor. Pero temporalmente dejaremos de hablar del científico para ocuparnos del hombre.

EL MATRIMONIO

El 3 de enero de 1917, el doctor Clodomiro Picado contrajo matrimonio con la joven Margarita Umaña, hermana de un compañero suyo en París, el doctor Rubén Umaña. He aquí algunos detalles, en relación con este acontecimiento, que la propia doña Margarita, pocos días hace, tuvo la gentileza de transmitirnos:

Pasa a la página siguiente

Científicos costarricenses

CLORITO PICADO

Viene de la página anterior

"Conocí a Clorito cuando yo era una chiquilla de apenas siete años y él ya un hombre de veintuno. Papá era director del Colegio San Luis Gonzaga, y nosotros vivíamos en el propio edificio de la institución, donde teníamos una parte asignada a nuestra familia. En los recreos, papá se paseaba por el corredor del Colegio llevándome de la mano; y muchas veces iba también Clorito conversando con él".

"Al tiempito de haber hecho conocimiento, él se fue a estudiar, y pasaron varios años sin que nos viéramos. Pasó la temporada de París, y Clorito tuvo que venirse. No sé si fue que suspendieron las becas, o por algún otro motivo. Vino a Cartago, y cuando nos vimos dijo: ¡Caramba, la chiquita que yo dejé, ahora tan grande...! Dándome bromas. La cuestión fue que él regresó a París, y luego en sus cartas a veces mandaba saludes para mí".

"Cuando regresó doctorado, vino a vivir a la casa de mi familia, en San José, sobre el Paseo de los Estudiantes. Tiempo después nos casamos. Por esa fecha, además de su trabajo en el Hospital, él desempeñaba el de profesor en el Colegio de Señoritas".

"En 1923 le acompañé a Francia, a donde fue representando a Costa Rica en la celebración del centenario de Pasteur. Permanecimos allí un año, que él aprovechó para hacer una ampliación de sus estudios, y yo para conocer París y a numerosas personalidades. De sus amigos los biólogos recuerdo especialmente a Caullery, Keilin, Weinberg, y al ruso Ivomoff, quienes nos brindaron toda clase de atenciones".



Grupo de estudiantes costarricenses en Francia, durante los últimos años de la primera década de este siglo. Clodomiro Picado Twilight (tercer ro, fila de atrás); Aníbal Arguedas, César Arguedas, José Cordero Zamora, Antonio Gutiérrez, Rubén Umaña Chavarría, y un paisano cuyo autógrafo no aparece al dorso de la foto (quizás Anselmo Rivera).

En este último campo, sobre todo, fue en el que obtuvo resultados de mundial resonancia. En la opinión del doctor Róger Bolaños, director del Instituto Clodomiro Picado, se puede considerar a Clorito como un destacado pionero de América en el estudio de la toxínología, conjuntamente con Vital Brazil, fundador del Instituto Butatán, en la ciudad brasileña de Sao Pablo; con Afranio de Amaral, del Antivenin Institute of America, en Tela de Honduras; y con Flavio da Fonseca.

"Una buena parte de los trabajos del doctor Picado sobre ofidiología, dice el biólogo costarricense doctor Rodrigo Zaldívar, quedó condensada en su libro de 219 páginas: "Serpientes venenosas de Costa Rica", editado en 1931 por la Secretaría de Salubridad y Protección Social. En este trabajo, en forma excelente y amena, se resume la labor constante y tenaz de años, y el libro, hoy totalmente agotado, sigue siendo preciado trofeo en bibliotecas y escaparates de librerías de obras vetustas que, a través de los años, conservan indeleble el sello de la inmortalidad".

Pronto ha de aparecer una segunda edición de la gran obra clásica la mayor contribución del doctor Picado Twilight en el campo de la ofidiología. Se han encargado de prepararla, conjuntamente, la Editorial de la Universidad de Costa Rica y la Editorial Costa Rica. El libro vendrá ampliado con un prólogo del doctor Bolaños Herrera, que, entre otros propósitos, tiene el de actualizar el contenido de algunos capítulos, sin tocar el texto original de la obra. Además, contendrá un índice alfabético clasificado y una bibliografía.

Como es sabido, en los laboratorios de investigación biológica se experimenta con animales. Aspera y dura labor, que en las personas que necesariamente deben hacerla, produce algunas veces cierta insensibilidad hacia el sufrimiento de las bichuelas que se manipulan.

Sin embargo, Clorito logró, durante toda su vida, conservar el cariño por los animales. Nos refiere doña Amparo de Umaña, su cuñada,

que era aficionado a tener siempre un gato en su casa, porque sentía muy buen afecto por estos felinos. Y que el animalito por lo general la acompañaba hasta la puerta, cuando su amo se dirigía, por la mañana, al trabajo. Pero, en algunas oportunidades, el biólogo se demoraba un poco en regresar del Hospital, y en su casa comentaban: cuando el gato vaya a la puerta es que viene Clorito. Y en efecto, así sucedía. Abría Clorito la puerta, y con el mango de su inseparable paraguas recogía suavemente al minino. Luego se lo llevaba para darle una golosina, en el estudio que tenía en el fondo de la casa. Tuvo, sucesivamente, varios gatos. Era un poco torcido con ellos: se le enfermaban y morían. Algunas veces, como resultado de comilonascon que él obsequiaba a cada gatito que tuvo, en Semana Santa.

LA VISITA DE CAULLERY

En 1933, Maurice Caullery, el maestro y amigo, llegó a Costa Rica, con el fin de pasar una semana de vacaciones como huésped de los esposos Picado. Por recomendación de Clorito, su esposa le preparaba casi sólo comidas típicas de nuestro país. Una ensalada de papas de chayote, muy bien aderezada, agradó mucho a Caullery, quien, como francés, era buen gourmet.

Acompañado de Clorito, el profesor de La Sorbona y presidente del Colegio de Francia, gozó enormemente haciendo excursiones a nuestras montañas, atravesando plantaciones de cacao y de café, remontando el valle del Río Reventazón y contemplando nuestros pintorescos poblados campesinos. Cuatro años después, en un prefacio suyo al libro de Clorito titulado "Vacunación contra la senectud precoz", el eminente biólogo francés rememoraba las gratas impresiones que le trajo esta corta temporada en Costa Rica.

PUBLICACIONES

Desde 1910, fecha en que, como dijimos al
Pasa a la página siguiente

SERPIENTES VENENOSAS DE COSTA RICA

De nuevo en Costa Rica, reanudó Clorito sus investigaciones, que abarcaron diversos objetivos, clasificables todos dentro del área de la preservación de la salud: evitar la contaminación de los ríos por las aguas de lavado del café; obtener vacunas contra la tifoidea y la neumonía, que reuniesen el mayor número de ventajas y el minimum de inconvenientes; y lograr sueros antiofidicos eficaces.



Clorito (sentado) y sus íntimos amigos de Cartago los hermanos Sancho: Julio, Mario y Enrique. Ellos le ayudaron a recoger plantas y animales, para material de su tesis de graduación en Francia, en excursiones a El Planitón, Navarro, Orosi, La Estrella, Cachí, Oricajo, y otros lugares, excursiones que se prolongaron durante casi un año. La foto fue tomada en Puerto Limón (Wimmer).

Reflexiones de Clorito Picado, en torno a un cuento de Quiroga

Horacio Quiroga, el criollista escritor uruguayo, dejó a la posteridad un vigoroso cuento titulado "A la deriva..."; breve descripción de las postreras angustias de un campesino que, semitendido en el fondo de su canoa, y bamboleado por las ondas rugientes del río Paraná, muere, a consecuencia de una mordedura que horas antes le infligió una terrible vibrara yaracusú, en medio de la selva.

Clorito Picado, profundamente conmovido por la lectura del cuento de Quiroga, escribió estas reflexiones:

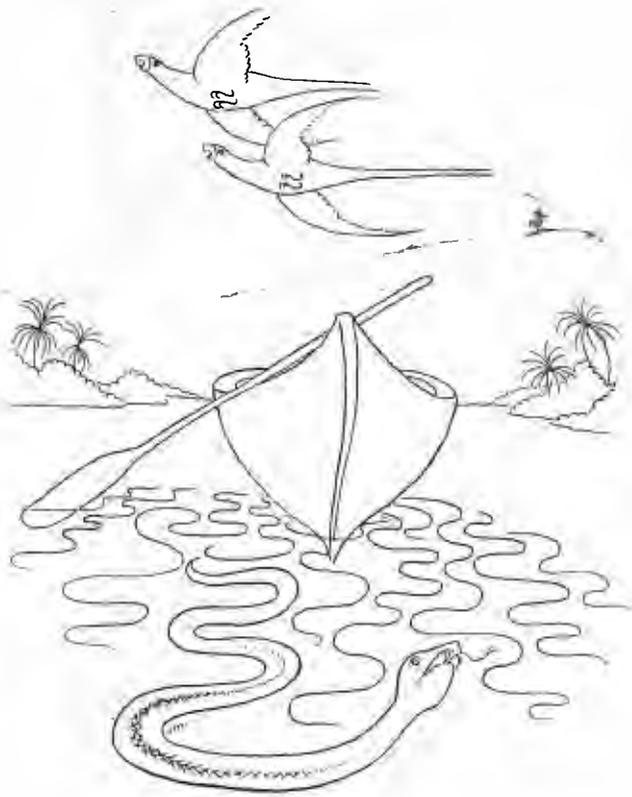
Así como sucumbe la víctima en el tético relato de Quiroga, así, en la choza abandonada, a veces en el bosque mismo, dejan la vida muchos de nuestros hermanos desheredados, sin auxilio de ninguna especie, en el más completo abandono, como si el hombre aún formase parte de la abrupta naturaleza que lo circunda. Otras veces no es el inculto hijo del campo a quien hiere, condenando a muerte, la mortífera serpiente; el explorador; quien va de caza o pesca; y aun el simple pasajero; no sabe si en un momento dado, cuando más contento esté, cuando al respirar el hálito vivificante del bosque virgen y sentirse plétórico de vida y esperanza, soñando en la consecución de dichas varias, y olvidado del dolor y de la muerte, puede en un instante ver cambiado el cuadro, al saber que por sus venas ya circula inexorable el veneno que habrá de separarlo para siempre del aire y de la luz; que hará que sus palabras reveladoras de anhelos grandes, heroicos, o de íntimos afectos, se conviertan en un agónico estertor: que las palpitaciones vigorosas de un noble

corazón serán estrechadas y comprimidas poco a poco, por la garrucha dura y fría de la ponzoña, que estrujando más y más concluirá por dejarlo inerte. No podrá resignarse a dar a la vida el último adiós, sin haber sido para ello preparado por el sopor y el letargo que trae consigo la enfermedad, ni por la filosófica resignación de quien vio ponerse el sol muchas miles de veces.

Para morir en plena juventud sin que haya tiempo de deplorarlo, ni meditar siquiera en ello, se requiere caer en la animación de la lucha y el combate, porque así el instinto de conservación de la vida cede su puesto al del animal de batalla, que en el fondo de su ser lleva cada hombre.

Quien muere víctima de las serpientes no lucha; su muerte no ha sido ganada por conquista sino por robo. Por eso la serpiente, junto con el veneno y el puñal, signos son de alevosía y de traición, mientras que el águila y el león, y sobre todo el gallo, fiero, valiente y leal en el combate, simbolizan nobleza e hidalgüía.

En el cuento de Quiroga la víctima muere en una especie de



éxtasis, casi en beatitud. Es peor la realidad.

Momentos después de ser mordido, siente el hombre que un fuego vivo germina en la herida, y como si tenazas candentes retorricieran su carne, que mortificada aumenta de tamaño hasta la monstruosidad, y la lividez lo invade. La desgraciada víctima ve su cuerpo convertido en cadáver por fracciones; un frío de muerte invade todo su ser, y pronto de las encías caen hilos de sangre, y sus ojos, sin quererlo, san-

gre también lloran, hasta que, vencido por el sufrimiento y la congoja, se pierde la sensación de lo real. Si entonces preguntamos algo al desdichado, pueda que aún nos vea con ojos empañados, pero no obtendremos respuesta alguna, y quizás un último sudor de perlas rojas, o una bocanada de sangre negrecida, nos advierta el triunfo de la muerte.

Taj es el cuadro triste y conmovedor del ser abandonado a la suerte. Pero la ciencia ha sabido vencer tanta desolación.

Científicos costarricenses: CLORITO PICADO

Viene de la página anterior

principio, le fue publicado un trabajo sobre melitismo, hasta el año de 1943, en que cayó fatalmente enfermo, produjo Clorito la cantidad de 112 publicaciones, de carácter experimental; que fueron recogidas en revistas científicas, libros, anales, folletos, periódicos y otros medios de comunicación escrita. (La lista de ellas ha sido entregada al público en el número de mayo de 1944 de la Revista Médica de Costa Rica; en el periódico La Prensa Libre, 1º de junio de 1944; y en el libro "Vida y Obra del doctor Clodomiro Picado", por Manuel Picado Chacón, págs. 239 a 244).

Don Joaquín García Monge, amigo de Clorito y lejano pariente de su esposa, fue uno de los principales divulgadores de sus trabajos, en el Nuevo Mundo, a través de REPERTORIO AMERICANO. En Europa se encargaron de hacer lo mismo, los biólogos amigos que vivían en París.

Una de las dos últimas obras del acucioso investigador es la que lleva por título "Bioquímica Hematológica Elemental Comparada", escrita en 1942 en colaboración con su joven discípulo el doctor Alfonso Trejos W. Con ella, sus autores se propusieron dotar, a entonces naciente Universidad de Costa Rica, de un texto para la enseñanza de las ciencias biológicas. Y, al mismo tiempo, entregar al lector ávido de

cultura, un documento capaz de enseñarle muchas cosas útiles.

HONORES

El doctor Clodomiro Picado Twilight recibió, en vida, numerosos homenajes y distinciones. En 1922 fue nombrado miembro de la Sociedad Mexicana de Biología, y al año siguiente, de la Sociedad de Patología Exótica de Francia. En 1932, el Congreso Internacional de Biología del Uruguay lo incorporó a la "Junta Americana de Estudios Biológicos". Y en año después, en 1933, se le comunicó el distinguidísimo honor de haber sido elegido en la Sociedad de Biología de París, como miembro correspondiente; nombramiento que compartió con celebridades científicas de Iberoamérica, de la categoría de Vital Brazil, Carlos das Cargas y Bernardo Houssay.

Costa Rica también le honró. En 1922, fue nombrado representante de nuestro país en el Centenario de Pasteur, a mismo tiempo que se le subvencionaba para que ampliase sus estudios en Francia durante un año.

En 1937 se le designó como director del Instituto Nacional de Higiene, y cinco años más tarde, la Universidad de Costa Rica le concedió el título de "Doctor honoris Causa". Finalmente, pocos meses antes su muerte, el Congreso de la República acordó nombrarlo "Benemérito de la Patria", como reconocimiento a sus virtudes de ciudadano y de investigador científico.

Pero probablemente ninguna de las distinciones mencionadas, nacional o extranjera, despertó al ánimo de Clorito tanto como el que debe de haber sentido leyendo por primera vez los conceptos que Sullivan, su querido

maestro, estampó en el prefacio de "Vacunación contra la senectud precoz":

"Después que él retornó a Costa Rica con su bagaje de biólogo, ha trabajado por más de veinte años en el Laboratorio del Hospital de San José, haciendo investigaciones que le sugieren su curiosidad de naturalista, entre las que son el lote de un laboratorio de hospital. La lista de sus publicaciones muestra bien el ardor que él pone en la investigación. Todas ellas revelan un espíritu muy personal. Semejante variedad es a un tiempo testimonio de la actividad incesante del espíritu, y de las condiciones resultantes del aislamiento en que se halla un sabio en países muy distantes de los grandes centros científicos.

"Es menester una energía poco común y un amor ardiente por la ciencia para no dejarse llevar por la rutina de la existencia, y para vencer los obstáculos incesantes, de todo género, debidos a la lejanía y al aislamiento".

Pero el doctor Clodomiro Picado, pese a su energía poco común, llegó a su fin. En los primeros meses de 1944 se agravó la enfermedad que desde el año anterior le venía minando; y últimamente no podía asistir más de tres horas diarias al laboratorio.

Pocos días después de cumplir 57 años, respondiendo a preguntas que le formularon periodistas de distintos diarios, en relación con el descubrimiento de la penicilina, declaró que, en efecto, en 1923 había encontrado, aislado y descrito una sustancia extraída de los hongos del género penicillium, "que sin ser nociva para los animales era venenosa para los vegetales".

Y el 16 de mayo de 1944, a las siete y veintiseis minutos de la noche, sentado en la silla larga de su estudio, el sabio dejó de existir.